



Lecturas

Sexto grado

Ser lectores

En este libro, como en otros de texto, hay algunas palabras que aparecen destacadas. Al final, en una sección que se titula *Glosario*, esas palabras están acomodadas en una lista, en orden alfabético, y van acompañadas de su significado, de lo que quieren decir según están usadas en este libro. Porque las palabras no significan siempre lo mismo: una cosa es decir *tengo dos manos* y otra, muy diferente, *le aplicamos a la mesa dos manos de pintura*, y así sucesivamente (¿se te ocurre otra?).

El Glosario es una parte importantísima de tu libro. Porque lo más importante de leer es *entender* lo que se lee. Cuando no comprendemos una frase, un párrafo, la página de algún libro, no estamos leyendo, estamos simulando, hacemos como que leemos. Así, nuestra mayor preocupación debe ser entender, comprender las palabras que tenemos enfrente y lo que dicen cuando se juntan.

¿Y si nos encontramos una palabra que no entendemos y resulta que no viene en el Glosario? Pues debemos ir a un diccionario. Para que los diccionarios nos sirvan, hace falta que aprendamos a usarlos. Por eso, al abrir uno deberíamos estar acompañados por nuestra madre, o nuestro padre, o por alguna o alguno de nuestros maestros, o alguien que sepa usarlo. Ayuda, para aprender a manejarlos, que nuestras visitas a ellos sean frecuentes; así como que nos acostumbremos a leer todos los días, por un buen rato, además de los libros de texto, otros sobre temas que nos interesan: los animales, los planetas, los mayas, los grandes músicos o inventores... cuentos, novelas y poemas.

Si lees todos los días, si te esfuerzas por entender todo lo que llegue a tus manos, tus conocimientos y tu comprensión seguirán creciendo. Y este libro te será especialmente útil para que avances en esa dirección.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua

El conde de Montecristo

Alejandro Dumas

El sol había recorrido ya la tercera parte de su carrera y sus rayos caían sobre las rocas, que parecían sensibles a su calor. Miles de cigarras, invisibles entre los matorrales, producían un murmullo monótono y continuo. Con cada paso que Edmundo Dantés daba sobre el granito recalentado, salían huyendo lagartos, verdes como las esmeraldas. Se sentía solitario, y también experimentaba una extraña emoción muy parecida al miedo.

No tardó en producirse una explosión: la roca superior fue levantada por una enorme fuerza, y la inferior se hizo pedazos. Por la primera abertura salió un mundo de insectos asustados y una culebra enorme, guardiana del misterioso camino, que deslizándose, desapareció.

—Vamos —se dijo Dantés—. Tengo que ser valiente y estar ya habituado a la adversidad; no debo dejarme abatir por la decepción. De no ser así, mis sufrimientos no habrán servido de nada. El corazón se destroza cuando, después de haberse dilatado por la esperanza, se contrae ante la fría realidad.


Dantés quedó inmóvil, pensativo, con la mirada fija en aquella abertura tenebrosa. Un espacio quedó despejado y pudo reconocer un arca de madera y hierro cincelado. No cabía la menor duda: el tesoro estaba allí. Tomó el cofre por las asas, pero fue imposible. Luego quiso abrirlo, pero la cerradura era demasiado fuerte. Hizo presión entre el arca y su tapa con su azada, y la cerradura saltó.

Una angustia febril se apoderó de Dantés. Primero cerró los ojos, como hacen los niños, para percibir en la noche centelleante de su

imaginación más estrellas de las que se pueden contar en el cielo. Después abrió el cofre y quedó deslumbrado.

El arca estaba dividida en tres compartimentos. En el primero brillaban deslumbrantes los escudos de oro. En el segundo había lingotes de oro. El tercero estaba lleno a medias y de él Edmundo tomó un puñado de diamantes, perlas y rubíes que, al caer unos sobre otros en una catarata centelleante, hacían el ruido del granizo que se estrella contra el cristal de una ventana.

Después de haber tocado, palpado, hundido sus manos temblorosas en el oro y la pedrería, se incorporó y se puso a correr por las cavernas, con la exaltación de un hombre presa de la locura. Saltó sobre una roca, desde donde pudo ver el mar, y no distinguió ninguna barca. Estaba solo, completamente solo con las incalculables, inauditas, fabulosas riquezas que ahora le pertenecían.

Se llevó las manos a la cabeza como para impedir que su razón huyera. Dantés vio que la claridad se iba extinguiendo poco a poco. Un trozo de galleta y unos tragos de ron fueron su cena. Luego tapó la entrada a la gruta con una piedra y se tumbó sobre ella. Así durmió. Aquella noche fue, al mismo tiempo, una de las más deliciosas y una de las más terribles de su vida entre todas las que aquel hombre, destinado a emociones fulminantes, había pasado. 



Glosario

- ad hoc.** Adecuado o apropiado; es un latinismo.
- agreste.** Que pertenece al campo.
- alborozado, da.** Alegre.
- al garete.** A la deriva; llevado por el viento o la corriente.
- alquitarra.** Utensilio que sirve para destilar líquidos por medio del calor, compuesto por un recipiente donde éstos se hierven y un conducto por el que sale la sustancia destilada.
- aluvial.** Referido a un terreno, que se ha formado a partir de materiales arrastrados por corrientes de agua.
- arrancado, da.** Muy pobre.
- atisbar.** Mirar, observar con cuidado.
- avidez.** Realizar alguna acción con ansiedad o codicia.
- brío.** Espíritu, valor, resolución.
- calabrés, sa.** Que es de Calabria, región de Italia limitada por el Mar Jónico y el Mar Tirreno.
- carámbano.** Pedazo de hielo largo y puntiagudo.
- carcaj.** Caja o bolsa, en forma de tubo, para llevar flechas, abierta por arriba y con una cuerda para colgarla del hombro.
- cavilar.** Pensar de forma profunda y minuciosa sobre algo.
- condiscípulo, la.** Persona que estudia o ha estudiado con otra u otras bajo la dirección de un mismo maestro.
- cornalina.** Mineral de color rojo oscuro.
- crespón.** Tela fina de aspecto rugoso.
- de hito en hito.** Fijar la mirada en una cosa con mucha atención.
- desbrozar.** Quitar la maleza de un terreno.
- encabritar.** Enfadarse.
- en un santiamén.** En un instante.
- escarnecer.** Burlarse de alguien.
- esterilla.** Tejido grueso de paja que se pone en la entrada de un lugar.
- expósito, ta.** Referido a un recién nacido abandonado o entregado a un establecimiento benéfico.
- factótum.** Persona que desempeña toda clase de servicios en una casa o establecimiento.
- fulgor.** Resplandor o brillo.
- galera.** Embarcación con velas y remos.

- gozne.** Mecanismo metálico con que se fijan las hojas de las puertas y ventanas para que al abrirlas o cerrarlas giren sobre éste.
- hacinar.** Amontonar, acumular o juntar sin orden.
- hipnótico.** Medicamento que se da para causar sueño.
- jaquet.** Prenda exterior de vestir, con mangas y abierta por delante.
- mendrugo.** Pedazo de pan duro.
- metate.** Piedra rectangular ligeramente cóncava, con patas, que se utiliza para moler maíz y otros granos con un rodillo de piedra, llamado *metlapil*.
- Minerva.** En la mitología romana, diosa de la sabiduría y de las artes.
- paupérrimo, ma.** Que es extremadamente pobre.
- pella.** Masa que se une y aprieta, generalmente en forma redonda.
- percha.** Pieza de madera o metal con ganchos en los que se pone ropa, sombreros u otros objetos, y puede estar sujeta a la pared.
- popa.** Parte posterior de una embarcación.
- pozol.** Bebida hecha de masa de maíznixtamalizado con agua a la que pueden añadirse azúcar, cacao o leche.
- proa.** Parte delantera de una embarcación.
- pronunciar.** Referido a algo, que se hace más visible.
- reps.** Tela de seda o lana que se usa en tapicería.
- rubicundo, da.** Referido al rostro, que tiene un color rojizo.
- saeta.** Flecha.
- septentrional.** Perteneciente al norte o relacionado con él.
- sextante.** Instrumento astronómico que sirve para determinar la posición geográfica de un barco; está formado por un sector de círculo dividido en sesenta grados y un juego de lentes y espejos.
- tápalo.** Chal o rebozo.
- tenate.** Canasta hecha de palma.
- testa.** Cabeza.
- tórrido, da.** Que es muy ardiente o caluroso.
- trémulo, la.** Referido a algo, que se mueve o agita de forma semejante a un temblor.
- umbrío, a.** Referido a un lugar, que le da poco el sol.
- vahido.** Pérdida momentánea del sentido o desmayo.
- yuyo.** Hierba.

Créditos iconográficos

- Mariana Alcántara, pp. 12, 71, 91, 102-103
Diego Álvarez, pp. 92, 94-95, 122-123
Israel Barrón, pp. 8, 10-11, 61, 112, 114
Patricio Betteo, pp. 115, 148, 151-153
Ángel Campos, pp. 13, 124-125, 128, 130-131
Julián Cicero, pp. 28-29, 62, 64-70, 98-99, 145
Juan José Colsa, pp. 14, 34, 36, 37, 42-43, 72, 74, 96-97, 126-127, 138-139
Julia Díaz Garrido, pp. 135, 146
Isidro Esquivel, pp. 30, 32, 54, 56-59
Jimena Estíbaliz, pp. 15, 83, 110-111
Ixchel Estrada, pp. 48, 84, 86-87, 105, 121
Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 88-90
Claudia Legnazzi, pp. 38-39, 44-47, 104, 134
Claudia Navarro, pp. 16-25
Gabriela Podestá, pp. 26-27, 106, 109
Tania Recio, pp. 133, 137, 147
Luis San Vicente, pp. 116, 118-120
Mauricio Torres Rivera, pp. 40-41, 76, 78-82, 101
Cuauhtémoc Wetzka, pp. 33, 140, 142-143
Richard Zela, pp. 50-53